

X

**CLEMENTE
PALMA**

Y

**NOVELA
GROTESCA**

Z

LIMA - 1934

PRIMERA PARTE: LA CIENCIA

...Continuación

I V

—La principal dificultad con la que tropezó mi concepción era la de encontrar la materia prima indispensable para la tangibilidad de los seres que se ven y se oyen. La petulancia de mi espíritu no iba hasta el extremo de pretender crear la materia, sino simplemente transformarla, hacer surgir la vida de la forma preestablecida, valiéndome de artificios sobre la misma naturaleza. Bien sabes, por ejemplo, qué sin la conjunción sexual se puede fecundar el ovario de una mujer, la que, a miles de kilómetros pueda concebir de su marido y darle hijos suyos de toda verdad, solo por los recursos técnicos de la fecundación artificial; y que una mujer virgen de contacto con el varón puede hacerse madre. En verdad que esto nada tiene que hacer con mis empeños pero te hablo de ello para encaminar tu pensamiento hacia las posibilidades de la ciencia para modificar, quizás si hasta sustancialmente muchos fenómenos de la vida, lo que antes se tenía como audacias absurdas de la soberbia humana; pero que a medida que se ha ido avanzando en el conocimiento de las leyes biológicas y se van descorriendo los secretos íntimos de la naturaleza, y va el hombre adentrándose en el antro de misterios que parecían insondables, los horizontes se van ampliando. Por eso, mi primer paso para juzgar la viabilidad de mi concepción, fue el estudiar la naturaleza de las células orgánicas, de la molécula viva, o vitalizable, obteniendo de los profesores Alexander y Starrow que me permitieran conocer sus experiencias sobre la generación y conservación de las células; y con las experiencias de ellos después de ofrecerles, los datos y observaciones que yo hiciera, he podido lograr algo importante por manipulaciones de bioquímica llegaron los sabios citados a crear la célula orgánica; pero este resultado de laboratorio no se adecuaba mucho a mi empeño, porque tropezaba con la dificultad: de sustraer a esas células creadas de las acciones y reacciones químicas que se involucraban en su desarrollo por efecto de las modificaciones eléctricas del ambiente, de la mayor o menor nitrogenización del aire atmosférico, de las emanaciones de las sustancias orgánicas o inorgánicas próximas, del calor o del frío, etc. Tuve que pensar en células ya existentes en la naturaleza y aislables en su estado de mayor simplicidad. Estudié las células en la patata, en la savia del bananero, en la gelatina, en el suero de las carnes, inclusive la humana, en el bulbo raquídeo, en la sinovia, en los jugos endocrinos, y en otras muchas formas. Recuerdo que pagué caro una pierna amputada en una clínica quirúrgica, y más caro el cadáver de un niño ahogado en el canal de Brocklin. Ninguna de estas células me dio el resultado apetecido, hasta que encontré la célula ideal en la albúmina del huevo de tortuga, y mejor aun la albúmina del vulgar huevo de gallina. Siempre se ha creído que en el proceso de la fecundación del óvulo es la yema del huevo lo que juega el plan, principal y lo es en efecto para el hecho de la conservación de la especie pero para la vitalización del óvulo, son las células de la albúmina las que determinan la dinamización vital de la incipiente estructura orgánica... Bueno, te ahorraré extensas exposiciones sobre el punto desde luego muy importante de la vitalización de las células y pasemos a otro no menos trascendente, cual es el de la estupenda concentración de energía acumulada en el radium, ese elemento portentoso descubiertos por el sabio Curie y su esposa. El radium es como la síntesis de todas las energías de la naturaleza y del cosmos, y en sus radiaciones está quizás el secreto de todas las fuerzas que imperan en el universo. Es luz, electricidad, calor, gravedad y sonido, y su acción es vida o destrucción, según la dosificación y manera como obra. Fue con el concurso coordinado de estos dos elementos con los que inicié mis experimentaciones, y después de una larga serie de ensayos y tanteos cuidadosamente consignados e historiadados y clasificados y verificados con laboriosos cálculos matemáticos, llegué a resultados desconcertantes y maravillosos. La radioactividad ejerce una acción sustantiva en la vitalidad, energía, y multiplicación de las células que, de inertes y trabajosamente conservadas se convierten en dóciles y evolutivas. Además, la casualidad, suerte o buena fortuna me hizo acertar con un procedimiento insospechado de preparación de la albúmina y que es mi secreto fundamental, y con el que he conseguido hacer de ella algo así como la arcilla que prepara el escultor para la modelación de la figura artística. Las porciones de albúmina adecuada como masa celular quedan expectantes de su transformación en organismos vivos, mediante la imposición de la forma, porque la forma es la individuación, es lo que determina la entidad genérica y específica. Después de varios fracasos en la aplicación modeladora del

proyector sonoro sobre mis masas celulares, no me desalenté sino que se estimuló mi actividad mental para corregir errores coordinando la acción simultánea de las radiaciones vitales y la estampación de la forma, así como aislando la masa celular del medio ambiente, que en el delicado proceso de transformación ejercía una acción nociva. La llegada a un resultado medianamente satisfactorio fué al fin la consecuencia de muchos tropezones y rectificaciones en innumerables detalles aparentemente insignificantes, pero que tenían importancia trascendente.

Hice construir una especie de moldes de cristal que tenía vagamente aproximada la forma o contorno de la entidad orgánica que deseaba reproducir. Y como para los ensayos había que comenzar por las pequeñas entidades y las menos complicadas antes de pasar a las mayores y de más complejidad, esos moldes eran pequeños y adaptados a bases metálicas atornillables a la espiga de succión de la máquina neumática de mercurio que hice construir siguiendo un modelo ad hoc ideado por mí. Con la mayor emoción realice mi primer experimento definitivo de creación de un ser vivo, aplicando la proyección sonora sobre el bloc celular —llamémoslo así— introducido en el molde, previa extracción del aire. Sería inoficioso en esta rápida exposición que te hablara de los diversos recursos técnicos y te detallara los innumerables dispositivos para someter las células a la dócil captación de la forma y del sonido transmitidos por el proyector. Sin embargo, me dirás ¿cómo es que me las arreglé para que el sonido, que no se propaga en el vacío, actuara en las células? Tendría que explicarte el papel de unas placas de selenio y de ciertas sales de potasio dentro del molde y en contacto con el exterior, y como la vibración del éter amplificada y convertida en onda de alta frecuencia se reconstituía, en el interior en la baja frecuencia sonora. Igualmente tendría que explicarte el dispositivo para la neutralización del enorme poder desorganizador que tiene el radium, mediante el uso de pantallas giratorias de plomo y de filtradores de cuarzo. Baste decirte la emoción enorme con que vi premiados mis esfuerzos cuando, después de muchas horas de impresionante trabajo, obtuve la reproducción perfecta y viva de un conejillo de Indias, que se debatía palpitante dentro del estrecho espacio del molde de cristal. Con mano temblorosa interrumpí el funcionamiento de los aparatos, y el animalito seguía viviendo. No había otra forma de extraerlo que rompiendo el molde. Cuidadosamente destornillé la base del receptáculo. Sentía el orgullo inmenso de haber cumplido la obra más estupenda realizada por hombre alguno y que me asemejaba a Dios mismo! El Sicut eris de la serpiente bíblica se cumplía literalmente... Pero allí mismo vino el castigo de mi soberbia humana. Al penetrar el aire bruscamente en el molde se ahogó el animalejo! Y asómbrate de esta maravilla: así como cuando desenfocas el lente en una cámara fotográfica, la imagen en el cristal deslustrado se hace borrosa, se nebuliza y deforma, así el conejillo se deshizo, se disolvió como un azucarillo en el agua, y sobre la base metálica del molde quedó semilíquido el acopio celular. Pero de todos modos mi alegría no tenía límites: virtualmente estaba resuelto el problema, y solo me quedaba por delante la tarea difícil, pero secundaria, del perfeccionamiento de mi invención. Todo se andaría. En mis nuevos y numerosos ensayos siguientes suprimí la base metálica de los moldes introduje el aire atmosférico paulatinamente para lograr la adaptación del ser vivo al ambiente; prolongué por mayor tiempo la acción radioactiva sobre el ser formado, e introduje una serie de modificaciones en la técnica, logrando hacer un poco más durable la vida de los nuevos seres... Y basta por ahora esta charla sobre un tema que ofrece materia inagotable. Ahora ven conmigo para que experimentes la estupefacción ofrecida...

Y pasamos a, otra habitación del mismo piso de la casa. Rolland me puso un pequeño micrófono adaptable a un oído y me dijo:

—Ahora mira y escucha.

Así lo hice, y de pronto vi en el piso claramente iluminado por la luz solar que entraba por las ventanas un perrillo de San Bernardo, no mayor que un ratoncillo, que vino a mí moviendo amistosamente la cola y ladrando alegremente. En otro extremo de la habitación sobre una diminuta chaise longue, estaba un pequeño Maurice Chevalier, de unos cuarenta centímetros, y a quien había conocido y tratado alguna vez, en Los Angeles con más respetables dimensiones. Estaba tarareando su París je t'aime... y al vernos entrar se incorporó, y con voz, que me llegó por el micrófono con la intensidad humana normal, me dijo:

—Hello, mister Perkins how do you do?

V

Ante este absurdo y maravilloso espectáculo me parecía estar soñando y que me había convertido en un personaje de Swift.

Rolland me dijo al oído con voz casi imperceptible:

—Háblale en voz baja... Con tu voz natural le ensordecieras.

Procurando dominar la emoción contesté al diminuto personaje.

—Ha sido una sorpresa muy grata para mí el encontrarle: Mr. Chevalier... ¿Desde cuando esta aquí?

—Oh hace poco... El amigo Rolland ha tenido la gentileza de enviarme a pasar algunos días en su compañía. Desgraciadamente serán muy pocos, pues tengo que regresar al estudio de la Paramount, en Hollywood, para filmar un nuevo argumento con mis Jeannete Irene Dunn, Gable y Stone... Y después iré a mi París, donde pasaré el invierno.

—¿Este hermoso perro es suyo?

—Es otra de las finezas de Mr. Rolland que ha tenido la amabilidad de obsequiármelo. Ya somos grandes amigos. Hallá: Toby, donnez moi la main....

Y el perrillo con mirada inteligente de sus ojillos como mostacillas levantó una de las patas delanteras colocándola en la manita de Chevalier.

Parecía que el pequeño viviente no se diera cuenta, de las proporciones. Y me lastimaba el suponer que por razón de dimensiones corporales todos los actos de esta miniatura humana le resultarían insuperables problemas.

Después de un buen rato de charla nos separamos del pequeño Chevalier. Rolland le dejó encerrado diciéndome en voz queda :

—Temo una travesura del gato.

Salimos al parque. Caminamos en silencio un buen trecho, pues no salía yo de mi asombro, pensando en los horizontes de extravagancia que se abrían con la creación de un mundo de enanillos sobre los que pesaría la enorme crueldad que la humanidad tiene para con los seres inferiores de la creación. No pude menos que volverme a; impulsos de mis dolorosas reflexiones a Rolland y decirle:

—Me imagino que no tendrás el propósito de hacer! muchos ejemplares de estos seres para exponerlos a la ferocidad de un mundo en el que se encontrarían completamente desadaptados.

—Tranquilízate que todavía ni he llegado a la etapa final de mi divino invento. Por lo pronto debes saber que la vida de éste pequeño hombre es muy efímera. Nació antes de ayer y dentro de cuatro o cinco días habrá cerrado su ciclo vital. Es uno de mis primeros ensayos y no he logrado todavía hacer a estos reflejos vivos de humanidad el obsequio de una existencia más o menos considerable. Este es un homúnculus una variedad específica de lo que llamo a los andrógenos o andromorfos. Hasta este momento las leyes biológicas que los rigen, o mejor dicho las observaciones que he podido registrar son estas:

- a) La vida que tienen los andrógenos y especialmente los homúnculus es un préstamo de plazo muy corto;
- b) No tienen la percepción de ser copias;
- c) Su inteligencia y conciencia, o mejor su funcionamiento psíquico y moral es el mismo que el del original y proceden como éste en el medio y circunstancias en que se les coloque.
- d) Como su vida es efímera no envejecen y reproducen el original en el momento en que este ha sido captado como modelo.
- e) pueden morir, como los demás seres humanos, por enfermedades o accidentes.
- f) La muerte natural o de agotamiento de la energía vital se produce al término del plazo de radioactividad acumulada, por delicuescencia o sea, que todo el organismo se deshace y licuefacta de un modo semejante al de la sal común en la humedad.
- g) El líquido en que se convierte ese cuerpo es el mismo que le dio origen o sea las células de albúmina, y constituye una excelente levadura para la reproducción del mismo sujeto o de otros distintos, pues se facilita grandemente el proceso de la plasmación orgánica.

Sobre este último fenómeno me preparo a hacer interesantes experiencias mezclando diversas levaduras; así como me propongo para más adelante, cuando haya resuelto el problema de la creación del hombre normal, la de seres humanos de proporciones gigantescas. Te darás cuenta del amplísimo horizonte que se me abriría no solo para la generación celular del tipo standard de hombro sino de animales nuevos, de monstruos ambiguos, de seres mitológicos, tales como las sirenas, los faunos, los centauros etc... Comprendes toda la maravilla de esta nueva creación de vida al margen de la obra vieja del buen Dios?...

En cuanto a las demás leyes que presiento o deduzco, te diré que ellas me ayudaron a reproducir el tipo humano en sus proporciones normales, que, vivirían bastante tiempo más que el homúnculus que ya conoces; y que como hay el recurso de la repetición indefinida de éstos andrógenos, que repiten la vida sin sufrir los estragos del tiempo, se cumplirá el prodigio de una juventud virtualmente eterna, realizando el ensueño de Fausto, que Mefistófeles cumplió con una parsimonia que la ciencia no tendrá. Vivirán mis andrógenos envueltos en el torbellino de la vida universal, pero desglosados de la curva del Tiempo, o mejor dicho interpolados en ella en una serie de soluciones de continuidad, que romperán el principio de la concatenación de los años...

—Oh, pero esto es inconcebiblemente maravilloso y absurdo: exclamé mientras arrebatadamente en mi cerebro se sucedían en borbotón desconcertante los cuadros extraños de esa vida nueva, que veía surgir.

—Ea, viejo — me dijo jovialmente Rolland — aún es temprano para que la emprendamos con los cocktails. Vamos a descansar un rato de las sensaciones del día que han sido realmente un poco fuertes para tí. Dentro de una hora y media te iré a buscar para que hagamos una excursión a caballo por el agua...

—¿ A caballo ?

—Sí, hombre White Horse; escocés legítimo... Whisky and Soda. A no ser que prefieras puro...

VI

Mucho trabajo costóme esa noche conciliar el sueño pensando en todos los problemas y situaciones insólitas que ofrecería una humanidad multiplicada por milagros de técnica. Me imaginaba, por ejemplo, que Rolland hiciera tres o cuatro ejemplares de mi persona. y me situara entre ellos... ¿Que podríamos discurrir? Que divergencia de conceptos podría producirse entre el pensamiento de mi yo y el de mis dobles? La consciencia se subdiviría entre los cuatro individuos iguales que seríamos o se ubicaría solamente en uno? Que dudas tan angustiosas surgirían en mí respecto a cuál de los sujetos era el continente del yo y del cuál los otros serian como los reflejos de imágenes de una persona colocada entre cuatro espejos, pero de cuatro espejos en los que el cristal se hiciera impalpable y las imágenes gozarán de absoluta autonomía, desplazándose en el espacio libremente, con libertad espiritual y material. Después de debatirme en el lecho por vanas horas logré captar el sueño, que fué más bien una modorra atormentada por la prosecución de desconcertadas divagaciones de la fantasía excitada y de una subconsciencia influida por las extravagancias y desenfrenos de una posición psíquica anormal.

A las nueve de la mañana, cuando el mayordomo a mi servicio me trajo el desayuno, llegó a poco Rolland en pyjama acompañarme a paladear un excelente café de selección que se hacía traer directamente del Brasil. Dejó el mayordomo sobre la mesa, huevos con jamón, una fuente de frutas, una botella de Oporto seco, además del café. Tome un rápido baño de ducha y me senté en bata a hacer los honores al refrigerio.

Como es de suponer nuestra conversación versó sobre el tenia de inmediata actualidad para nosotros, o, mejor dicho, para mí, como era lo que había presenciado el día anterior. Me obsesionaba la situación de una persona en contacto con sus dobles e interrogué sobre el particular a mi amigo.

—No sabría responderte con precisión porque no he llegado todavía a esta etapa de mis experiencias No he llegado todavía a las creaciones trascendentes de seres humanos normales; no he pasado aún del homúnculus al andrógeno tanto porque necesito avanzar más en mis observaciones y perfeccionar la técnica, cuanto porque no tengo los moldes

apropiados para las experiencias de mayor cuantía. He ordenado a una importante fábrica la construcción de unas urnas o campanas de cristal, modeladas de acuerdo con los planos e instrucciones del caso sobre forma, dimensiones, resistencia y otras muchas calidades adecuadas para la función que van a tener. Dentro de poco debe llegarme un lote de cien de estas matrices. Cada lote de estos botellones me cuesta diez mil dólares. He prescindido de las bases metálicas de enchufe a la plataforma de la máquina neumática reemplazándolas por bases de cristal esmerilado que se adaptan herméticamente. Y para evitar el peligro de herir al paciente al romper el recinto de cristal he adoptado un dispositivo por el que un alambre delgado de cobre incrustado en el cristal a la altura de las caderas se conecta a una fuente eléctrica térmica que lo pone instantáneamente incandescente pasando por el mismo canal una columnilla de agua fría quedando el cristal cortado como por un cuchillo. Como ves el cuadro de experiencias por hacer es muy interesante, aunque menos que el de las ya practicadas en las que quedó resuelto lo fundamental del problema. Ya no trata sino de detalles técnicos de cantidad utilizable de energías, duración del proceso y perfeccionamiento de este. Con lo obtenido hasta ahora sólo puedo decirte, en lo que hace a tus curiosidades, que hay un mundo de cuestiones de orden biológico y psicológico que no pueden resolver a priori sino que es la realidad la que tiene que ir absolviéndolas. Hasta ahora sólo he creado el homúnculo, de que se ocuparan tanto los alquimistas y nigromantes de la Edad Media, y del que Raimundo Lulio describió la arquitectura mental. Pero no me hago ilusiones respecto a la arquitectura bioquímica, fisiológica, social, intelectual y moral de éstos seres artificiales que la ciencia puede forjar. La ciencia puede transformar y rehacer la obra de la Naturaleza; pero no puede crear nuevas leyes de vida, crear, en el sentido de hacer aparecer agentes o fuerzas que no preexistan en el Cosmos. Podemos interpretar, descubrir secretos, descorrer el velo de lo desconocido, encontrar nuevas aplicaciones de los principios misteriosos de la vida, hacer nuevas combinaciones y derivaciones en el juego de las energías, en una palabra avanzar incesantemente en la conquista del progreso; pero no puede desbordarse más allá de los límites que alguien—es un modo de expresarme—ha puesto en la estructura del Cosmos, la que además, no podría ser de otro modo. Más propiamente que hablar del poder infinito de Dios, debería hablarse de la imposibilidades infinitas dentro de las que el universo está encerrado...

—Demasiado metafísico estáis, que dijo el otro...

Es que a ese plano nos lleva la fenomenología en que nos hemos metido a hurgar, precisamente escapándonos de la metafísica para maniobrar en la física. Todo esto es para decirte que todo lo que ha podido averiguar o presumir sobre la vida interna y externa de estos seres, es que son inferiores, o por lo menos no superan a los que produce la naturaleza misma en experiencias milenarias cumplidas en un laboratorio más surtido de elementos que el mío. Se hacen diamantes artificiales de carbono puro como los naturales, pero de un quilataje ínfimo; se hace salitre artificial, se producen nuevas plantas y nuevos frutos por artificios industriales, y en los gabinetes de cirujanos y teratólogos se confeccionan animales nuevos o se devuelve o conserva la vida a órganos muertos.... El hacer el hombre artificial ha dejado, pues, con mi invento, de ser una fantasía. Mi invento no es un salto, sino un paso un poquito largo en el camino que la ciencia audazmente ha comenzado a explorar. Pero estas creaciones, por muchos perfeccionamientos que lleguen a tener no podrán superar así lo creo al menos, a los ejemplares naturales de humanidad, porque para ello sería necesario realizar el imposible físico y metafísico de la adición de nuevas fuerzas que no existen, ni pueden existir ni siquiera como concepción de nuestra, inteligencia. Si te encontraras en un grupo de andrógenos que repitieran tu persona, ellos no pasarían en una línea como entidades biológicas y psicológicas, el valor que tu representas.

—¿Y crees que en el orden fisiológico podrán tus andrógenos cumplir todas las funciones vitales que realizan los seres humanos naturales?

—Te veo venir, hipócrita marrullero, y se lo que tratas de averiguar. Pues bien, te contestare que nada puedo afirmarte de un modo definitivo sobre el particular, porque no he podido hacer mayores estudios y experimentaciones. Debo suponer teóricamente que éstos nuevos seres han de ser receptáculos de pasiones e instintos semejantes a los nuestros, y que sus órganos cumplan las mismas funciones de los seres a quienes remedan

inconscientemente, pero seguramente su condición de seres artificiales y reflejos le restará, algunas de las calidades substantivas, que hacen perdurable y autónomo al género humano original... En fin ya se averiguará todo eso cuando adelantemos algo más con experiencias trascendentes, de las que la creación del homúnculus es el primer paso.... Ea, por lo pronto, vístete para que vayamos un rato al laboratorio, y, si nos queda tiempo, daremos un paseo por los campos circunvecinos.

Media hora después subimos al Packart y a los pocos minutos entrábamos en el extenso departamento de los talleres y laboratorios y oficinas de ensayos industriales que manejaba Rolland. Una docena de ayudantes inteligentes y escogidos colaboraban en sus trabajos y estudios de ingeniería, pero solo en las tardes. En las mañanas Rolland, se encerraba en su taller particular, al que no tenían acceso sus empleados, que no pasaban de la oficina escritorio. Estaba esta arreglada sin ofrecer nada de particular, con el confort y buen gusto corriente en oficinas de esta clase: mesa amplia, sillones cómodos de cuero, estantes con los libros de contabilidad, y la inevitable caja de caudales a prueba de fuego. Una puerta comunicaba ésta habitación con un cuarto de lavabo y servicios higiénicos. Por una puerta disimulada en la pared se bajaba por una escalera de ocho o diez pasos al antro del nigromante una vasta sala de unos cincuenta metros cuadrados que recibía la luz cenital a través de espesos cristales ondulados que cubrían gran parte de la bóveda. Sería largo el detallar la gran cantidad de aparatos extraños que estaban adecuadamente repartidos en la vecindad de los cuatro muros, que tenían en la parte alta dispositivos especiales para la ventilación y en la parte baja empotrados armarios conteniendo raros instrumentos, recipientes de cristal, cajas con mecanismos eléctricos, matraces y hasta jaulas con conejillos y otros animales. En el centro de este laboratorio estaba un sistema constituido por un proyector sonoro, una máquina neumática de mercurio construida según un dispositivo ideado por Rolland y se completaba el conjunto con una especie de caja que tenía aspecto de refrigeradora y de estufa y que funcionaba con la corriente eléctrica suministrada por acumuladores y grupos electrógenos situados en el sótano. Estrictamente se había eliminado en esta sala toda clase de emanaciones y se podía, por un juego de llaves, graduar todas las temperaturas y acondicionar el ambiente en las calidades higrométricas y de ozonización que fueran convenientes. En uno de los tableros de los armarios se enfilaban numerosos recipientes de cristal de forma extraña, algunos hasta de un metro de altura. Cogió Rolland uno y mostrándomelo me dijo:

—Aquí tienes los nuevos úteros en los que fríamente, sin los espasmos del amor, sin las complicadas evoluciones de una fisiología historiada y larga, se engendran los nuevos seres humanos que la ciencia ha inventado.

—¡Uf; que asco!—le contesté riéndome.—No mereces ser un hombre rico, simpático y en el pleno vigor de la vida... debías ser un señor con la bóveda craneal lustrosa y ayuna de pelos, con la cara convertida en un mapamundi de arrugas, y con el alma por lo menos a treinta años de distancia del último beso de una mujer depositado en una boca que en remota época tenía dientes...

—No seas estúpido, viejo: cuando se está en esa miserable etapa de la vida ya no se hace ciencia sino se reza para estafar a Dios, distrayéndole del recuerdo de nuestros pecados y diabluras, a fin de escabullirnos en la bienaventuranza concedida a los arrepentidos.

VII

-Recordarás que en la carta que te escribí invitandote a venir te hablaba del proyecto de que me construyeras otro palacete: y es llegado el momento de que volvamos a tocar el asunto. Como has de comprender el invento que he tenido la suerte de ver coronado casi por un éxito que ha sobrepasado todas mis expectativas, absorbe completamente por ahora mi pensamiento y necesito saturarme de estudios y experimentaciones hasta agotar la materia, y entonces, si me queda vida, volverla a consagrarme a mis demás actividades que ahora están supeditadas a esta maravillosa y semidivina conquista de la ciencia. Aquí, francamente no me atrevo a proseguir y concluir la etapa final de mis trabajo, e investigaciones, por lo mismo de que tengo la absoluta seguridad del éxito. Apenas se trasluciera que tendría que traslucirse la naturaleza de mis empeños científicos, en el mundo

se produciría tal revuelo que no solo me vería invadido de sabios, reporteros, curiosos y majaderos, sino que me vería obligado a tener que dar conferencias, y es posible que hasta hubiera una revolución tal en el mundo al pensarse en las consecuencias y derivaciones de la estupenda posibilidad de la fabricación industrial de la humanidad, y que, para librar a esta del malthusianismo hubiera un fanático que me alojara una bala en la cabeza, como providencia salvadora, lo que, francamente, me disgustaría sobremanera. Yo necesito pues, aislarme, desaparecer y trabajar tranquilo, lejos de las miradas y del manoseo y de las suspicacias de los hombres. Ahora bien, me he puesto en contacto con un gobierno sudamericano que posee un grupo lejano de islas en el mar Pacífico, algunas completamente deshabitadas, y he avanzado gestiones para que me alquile una de estas, que he visitado. Es una isla de unos seis o siete kilómetros de largo por poco menos de ancho, y está situada algo lejos de la ruta que siguen los vapores que van a Asia y Australia. Allí es donde quiero que me construyas un palacete, cuyo estilo arquitectónico dejo a tu elección, pero cuya disposición, plano y sobre todo orientación y dimensiones del laboratorio, debe ser muy semejante a este que me has construido aquí. Para facilitarte el trabajo he diseñado los planos de distribución que tu corregirás debidamente. Como sabes soy propietario del yatch que perteneció al millonario de Baltimore, M. Hoe Mackail de 1800 toneladas, y que se remató, con motivo de la quiebra a que le llevó la baja de las acciones de la Murray Petroleum Co.; obtuve este yatch en algo menos de un millón de dólares. Es una motonave rápida que se maneja con quince tripulantes, y en la cual te trasportarás a la isla con los materiales necesarios, el personal de obreros y los víveres, los que se renovarían en los viajes, periódicos que hará el yatch de acuerdo con tus instrucciones, mientras dure la construcción. Una vez terminada esta, trasportaré a la isla, los aparatos que has visto en mi pabellón privado y lo que más me agrada del mobiliario de Xyzville. Anunciare ostensiblemente un viaje de placer y de incógnito alrededor del mundo por dos o tres años, y me encerraré en mi isla durante ese tiempo, en el que sólo estaré, en contacto epistolar contigo. Y después de hacer un estudio detenido y completo de mis creaciones haré al mundo la revelación de mi invento y de su valor y proyecciones en el porvenir de la humanidad; eso, sí, como creo, no ha de constituir ningún peligro para el mundo y sobre todo para la Unión Americana. Si por desgracia lo fuera, sepultaría mi invento en el mar, y conversaríamos melancólicamente de aquel más tarde cuando ya viejos, casados, con familia respetables, nos reuniéramos hacer recuerdos de la juventud, frente a una botella de buen whisky y brindáramos algunos tragos a la memoria de Mr. Volstead, el senador bellaco que inventó la ley seca; y también a la de Mr. Malthus que tuvo la visión del desastre de un mundo repoblado por el crecimiento de la humanidad en progresión geométrica, y que se hubiera caído muerto; del susto si hubiera podido prever la progresión que habría llamado trigonométrica, si se le hubiera cruzado por la sesera el concepto de una humanidad creciente por fabricación industrial.... Ea, ¿qué te parece mi proyectó? Estás dispuesto a la colaboración que te propongo, detestable arquitecto? ¿En cuanto tiempo podrías terminar la construcción, tiempo mínimo, se entiende? Casi puedo decirte que la isla es ya mía por diez años. Me cuesta un canon de cincuenta mil dólares por año, de los cuales solo la mitad percibirá el estado; lo demás es coima. Dentro de una semana vendrá mi yatch a Jacksonville a esperar tus órdenes. Te cedo la palabra.

—Te contestaré con precisión matemática a tan extravagante propuesta la que, por tal, me gana el corazón. A la primera, interpelación te digo que el proyecto me parece idiota, porque se traduce en un derroche innecesario de dinero, pues estando establecido aquí, podrías proseguir tus trabajos sin peligro de que te importunara la gente, ya que te bastaría con no recibir a nadie. Pero si es tu gusto cambiar de suelo y tirar tus dólares, allá tú. A la segunda interpelación, o sea, si estoy dispuesto a construir tu cueva de troglodita o lo que sea, te diré que lo haré con mucho gusto y que te robaré lo más decentemente posible, en honor a nuestra vieja fraternidad electiva te cobraré el 10% del presupuesto que hagamos, en vez del ocho que le cobraría a un desconocido cualquiera: "business ist business". A la tercera pregunta relativa al tiempo que emplearé en llenar mi cometido él es variable: si pones a mi disposición todo el material de construcción, cemento, vigas, varillas de acero, puertas y ventanas ya confeccionadas, materiales de ornamentación, madera, pinturas, servicios higiénicos, tuberías etc, y trescientos hombres, te dejaría la casa lista en quince días; si no son sino cien, tardaría un par de meses; y si

son cuarenta o cincuenta podrás ir a habitar tu nueva mansión antes de los cuatro meses, contados desde el momento en que me instalara en tu isla de los diablos. En cuanto el estilo arquitectónico exterior pienso hacerte un palacete que dirías ha sido sacado de las "Mil y una noches" con un taller de brujerías que será comparable a la gruta de Alí Babá y los cuarenta ladrones, sólo que tendrá aire y luz, como el antro que tienes aquí, que me servirá de modelo. En cuanto a la comunicación epistolar posterior exijo el debido cumplimiento, siquiera una vez al trimestre, y si así no, lo hicieras mi venganza sería atroz: te denunciaría ante la Casa Blanca de actividades sospechosas, revelaría al estado al que has alquilado la isla la forma como se le ha evaporado el cincuenta por ciento de la merced conductiva, merced a tus malos manejos de corruptor de funcionarios públicos. Y como no solo tú puedes imponer condiciones en un contrato que es bilateral, yo impongo la mía, y es la de que en torno del año de estar usufructuando la compañía de tus muñecos andrógenos he de ir a hacerte una visita de vacaciones a tu isla, en la que me recibirás y tratarás a cuerpo de rey, como lo haces ahora, — esto es como si yo fuera el príncipe de Gales, el buen señor Einstein o la vieja de madame Curie — y además pondrás a mi servicio particular siquiera tres lindas girls, del personal confeccionado en la casa. ¿Convenido?

—Convenido — me respondió Rolland, alegremente, dándome un apretón de manos efusivo.

VIII

Tres días después de esta conversación volvía yo una tarde a caballo de Miami y su hermosa playa, en donde había pasado varias horas en la amable compañía de amigos y amigas que veraneaban allí, cuando me salió al encuentro Rolland a caballo también, quien a poco con fingida gravedad y voz cavernosa me dijo:

—Prepara tu espíritu para recibir una terrible noticia, a la que ya mis presentimientos me tenían preparado; si es posible ahora que nadie te ve, cójete con ambas manos de la montura para no caerte... se trata de una tragedia espeluznante. Y hasta de dos...

—Acaba, hombre de soltar tu noticia... ¿Es acaso que ha llegado la nueva de que el alcalde Walker, de Nueva York, se ha metido de pastor adventista, o que te han dado el premio Nobel de literatura a Thornton Wilder por su pastiche del "Puente de San Luis?"

—No tanto, pero es algo no menos sensible: ¡el gato se comió a Toby!

—Era su sino fatal! Acatemos la voluntad de Dios!

—Ante tu resignada aceptación de los designios de la Providencia, me animo a darte la otra noticia, mas terrible si cabe, esperando que siquiera te merezca una lágrima furtiva: el homúnculus de nuestro simpático Mauricio Chevalier, sensible, pero previstamente ha regresado al seno albuminoideo del no ser.

—Que las células le sean ligeras! — murmuré a modo de oración fúnebre.

—En este lamentable caso un sacerdote católico tendría que modificar el ritual de los responsos, diciendo: ¡Cellulam eris et in cellulam reverteris. Y hay que observar la semejanza eufónica que quizás tenga un sentido etimológico y cósmico entre Coellum y Cellulam, con una ventaja para la segunda sobre la primera, y es que del reino de la célula se puede volver a la vida terrestre y del reino de los cielos no tiene retorno.

—¿Y cómo fue el deceso de nuestro diminuto amigo?... Un ataque cardíaco motivado por la visión del trágico fin de Toby, al que parece que le había tomado cariño?

—No; fue sencillamente que los días de petit Chevalier estaban contados; no tenía cuerda sino para cinco días. Dábamos un paseo en auto esta mañana y lo tenía sentado a un pequeño y cómodo asiento, adaptado cerca del tablero de control, para que contemplara el paisaje, mientras charlábamos, cuando se deshizo y la ropita que tenía puesta vació su contenido cayendo al suelo del auto un chorro de líquido celular. Eso fue todo: como ves una muerte natural más simple que la acostumbrada y en uso entre nosotros.

De regreso a Xyzville, antes de cenar estuvimos conversando largo, intercalando en nuestra charla los cocktails, sobre los planos dibujados por Rolland de su proyectada casa en la lejana isla del Pacífico. Sería un edificio de tres pisos, con el piso bajo de cemento armado y los otros de material liviano y ornamentación oriental caprichosa, que quedaría confiada a mi gusto. El tercer piso sería consagrado íntegramente a una serie de departamentitos confortables y elegantemente decorados. Quería Rolland que un bello par

que rodeara el edificio y que hiciera en él una piscina que pudiera llenarse a voluntad con agua potable de la que había abundancia en la isla, proveniente de una copiosa vertiente, o con agua del mar tomada por medio de una bomba que funcionaría con la corriente eléctrica suministrada por un poderoso grupo electrógeno a petróleo, que se instalaría en los sótanos de la casa y produciría a luz y fuerza necesarias para sus trabajos. Tratamos por varios días el asunto y quedó definitivamente acordado el plano y todo lo relativo a la construcción, así como mi compromiso de entregarle la casa a los ciento cincuenta días de iniciada la labor.

Quince días de estancia llevaba en Xyzyille, cuando recibió Rolland aviso del arribo al puerto vecino de su yatch. En el partiría yo con rumbo a San Francisco, llevando cartas de crédito para los Bancos de esa ciudad y de Panamá, a fin de adquirir todos los materiales que necesitara y contratar a firme cuarenta o cincuenta obreros expertos. Una vez que estuvieran las bodegas y sentinas cargadas con lo indispensable para iniciar la obra, partiríamos mar adentro, debiendo recoger antes en Panamá, de manos de determinado cónsul sudamericano, el título de posesión temporal de la isla, abonando algunos miles de dólares a título de alcabala y timbres.

El capitán del yatch, experto marino de origen italiano, pero naturalizado americano, permaneció un par de días de huésped de Rolland, quién le informó, sin decirle los motivos íntimos, del traslado de una parte de las oficinas técnicas a otra sede en el mar Pacífico, así como de los viajes frecuentes que tendría que hacer a las islas, bajo mis órdenes. Y en una mañana calurosa de fines de julio, Rolland, el capitán y yo partíamos en el Rolls Royce en dirección al puerto.

En el muelle nos esperaba la falúa del yatch, en la que embarcamos con mis maletas, llegando poco después al elegante barco, pintado de blanco, que ostentaba en la proa un delfín, que dicho sea de paso, me pareció bastante ridículo, porque el primitivo dueño, para simbolizar la rapidez de la nave le había puesto al pez el aditamento de unas alas arcangélicas. Mientras el capitán tomaba las disposiciones para la partida, nos pusimos Rolland y yo a conversar en la lujosa cámara de su uso particular. A las doce nos sentamos a almorzar, invitando Rolland al capitán; y pocos minutos antes de las dos, hora de la partida, mi amigo y yo nos dimos un fuerte abrazo en la escala del barco.

—Hasta la vista, Billy...Bay! Bay!. — me gritó Rolland desde la falua que se alejaba rápidamente en dirección al muelle.

Momentos después se izaba el ancla, piteaba el yatch e iniciaba su movimiento de partida, a la vez que efectuaba con las banderas los saludos de reglamento. A poco regresaba la falua, que era izada sobre la marcha con las poleas de babor, y el White Fish apresuraba su andar con rumbo al sudoeste.

IX

Pocos días después penetrábamos en las esclusas del Canal. El capitán del yatch era un hombre relativamente joven, pues, frisaba en los cuarenta y cinco años. Francote y alegre nos hicimos grandes amigos, y durante el viaje consumimos algunas botellas de whisky y de brandy. Era gran conocedor de los mares de la Oceanía y había visitado gran número de sus islas, especialmente las de la Sociedad, Samoa y Fidji. Confieso que sus relatos me daban un poco de sueño, porque encontraba más entretenidos las narraciones de Loti. La isla en que iba a establecerse Rolland para sus estudios geológicos — así le había hecho creer Rolland— la conocía desde hacía tiempo, a causa de una arribada forzosa para calafatear un gran velero que comandaba y que había sufrido algo en el capeo de un ciclón durante un viaje conduciendo a una comisión de arqueólogos ingleses, rusos y americanos encargada de estudiar los monolitos ciclopeos de la isla de Pascua, de propiedad chilena. Después la visitó nuevamente, conduciendo a mi amigo en el yatch. La isla, que en lo sucesivo llamaré Rollandia pues no tenía nombre sino un simple número 11 tiene una buena ensenada y una hermosa playa en el lado norte, comenzando a cincuenta metros de la playa una vegetación tropical espesa en la que abundaban los bananeros y varias especies de árboles frutales y otros de gran frondosidad y ricas maderas, formando un vallecito delicioso. A poco va elevándose el terreno y formando una cadena de colinas, algunas de más de doscientos metros de altura, y que desciende hacia el sudeste, dejando uno que

otro punto de acceso por el lado sur, generalmente escarpado. El grupo de colinas cruza íntegramente la isla de este a oeste en un trecho de seis kilómetros aproximadamente. Uno de los grandes recursos para la vida que tiene es el del agua potable, que surge permanentemente de varias vertientes que forman la parte plana, considerables arroyos que en las épocas de lluvias se desbordan y fertilizan el vallecito del norte. Esas vertientes en dos o tres sitios forman caídas de agua que podrían ser utilizadas para la producción de fuerza eléctrica en cantidad apreciable. Y término aquí esta descripción que hago por cuenta del capitán Pirelli, lo que me exonera de nuevas descripciones, salvo que el capitán me haya estafado y me viera en la necesidad de hacer rectificaciones. Añade el capitán que esa isla debió ser habitada en tiempos remotos por gente civilizada, pues, en la extremidad rocosa oriental, había vestigios de casas de barro y piedra y había encontrado tibias, costillas y cráneos humanos de índice cefálico distinto del malayo.

Durante la, estada en Panamá visité al cónsul del país soberano de la isla 11 o Rollandia para enterarme del estado de la negociación. Ya estaba finiquitada, y el cónsul enterado de mi próxima llegada, me tenía listo el expediente de contrato de alquiler para fines científicos y sabía que tenía poder absoluto para representar a Rolland en los trámites últimos y toma de posesión de la isla, mediante el pago del impuesto de timbres y demás. Pagué con un cheque por trece mil quinientos dólares contra el National City Bank. Ultimada esta operación y después de contratar una veintena de negros albañiles que quedaron apalabrados para embarcarse dentro de un mes, a más tardar, zarpamos con rumbo a San Francisco.

No hay objeto en detallar mis gestiones de compra y embarque de materiales en el White Fish, y con los que debía comenzar la construcción proyectada en Rollandia, así como la preparación de los elementos que había que manufacturar en las fábricas de los Estados Unidos para el ornato y terminación del palacete, de acuerdo con los dibujos y medidas concertados con Rolland. Cuando consideré que nada me quedaba por hacer en San Francisco, enganché los operarios y técnicos del caso, emprendí viaje a Panamá para recoger mi veintena de negros albañiles y enseguida pusimos proa al oeste, llegando a Rollandia doce días después de haber dejado el continente.

X

Para el completo conocimiento rectificatorio del suceso tan extraño, trágico y absurdo que se relata en el expediente sumario que obra en los archivos policiales de la capital del estado de California, con el título de "El caso de los dobles de Hollywood y la locura de Rolland Poé (a) doctor Xyz" no tiene, la menor importancia el proceso vulgar de la construcción del palacete de Rollandia.

Cuatro meses duró la obra de edificación de la casa, roce del terreno adyacente, arreglo de parques y jardines y sendas enarenadas.

La isla es sana y mi gente trabajó a gusto y con empeño, dando mayor rendimiento del que yo esperaba. Bien alimentados, alojados en tiendas de campaña, dotados de elementales comodidades, pocas veces hube de emplear medidas disciplinarias severas para reprimir desórdenes y excesos alcohólicos. La isla era rica en langostas y variedades de peces y mariscos exquisitos. Tres viajes hizo el White Fish a San Francisco para el aporte de los mármoles, parquet, losetas, vidrios, herrajes, puertas y ventanales; servicios higiénicos, tuberías y lámparas y, sobre todo, víveres. Por fin el 15 de diciembre, con el objeto de agasajar a mis colaboradores, pude dar a mis hombres, en compañía del capitán del yatch, oficiales y marinería, una fiesta de camaradería en las terrazas del palacio, en la que comieron y bebieron hasta hartarse, pronunciándose speeches ardorosos y despotricándose contra la gramática y la sindéresis, ni más ni menos que en una asamblea electoral de demócratas o republicanos.

Al día siguiente partimos todos con rumbo a Panamá, quedando en Rollandia dos hombres de la tripulación del yatch, de la confianza de Pirelli al cuidado de la casa y en espera de la llegada del propietario. En la última semana de diciembre llegamos a Panamá, en donde, pocas horas después, solicité una conferencia telefónica con Rolland en Miami, la que quedó concertada para la mañana del día siguiente. En efecto, a las diez del 28 hablábamos en los respectivos fonos.

—Halló, mister Xyx, ¿estás vivo todavía?

—Hola, viejo, me da gran gusto escucharte temía que hubieras naufragado en la Polinesia o que te hubieran manducado los maoris. .. Y ¿cómo anda eso?

—Ya puedes ir por allá cuando te dé la gana. Te he hecho una maravilla de casa... Te traigo numerosas fotos para que te vayas enterando. Créeme que he gastado menos de lo que habíamos presupuestado...

—Ah, ladronazo: ya que no pudiste robarme a mí, le has robado a tus obreros, a los proveedores y a los fabricantes. Siempre pensé que harías carrera... De manera que ¿cuándo podré ir a las Batuecas?

—Ahora mismo si quieres.

—All right!

—¿Qué me cuentas de tu reino celular? Has avanzado mucho en tus investigaciones y experimentos?

—Lo suficiente para que me sea preciso trasladarme a mi isla lo más pronto posible... Pero si quieres detalles no ha de ser por teléfono: Ya hablaremos largo del asunto cuando estés aquí, que supongo será dentro de una semana.

—lo siento mucho, querido, pero tengo urgencia de ir a Nueva York.... Ya tomé mi pasaje en un vapor que sale esta tarde.

—Pues lo vendes con descuento... Te advierto que tengo un Cherry y un Oporto que no se bebe mejor en la corte celestial.

—La tentación es fuerte, pero más fuerte es mi espíritu. Mis negocios me reclaman urgentemente. Resérvame media docena de tus divinas ánforas para cuando nos veamos después.

—Avaro codicioso!... Dime ¿has sido tan inteligente como para habérsete ocurrido ir a la oficina telefónica con el capitán Pirelli?

—Hombre, no... pero el inteligente ha sido él, que de motu propio me acompañó.

—Quiero hablar con él después.

—Aprovecho para decirte que en un gran sobre te mando un extracto de las cuentas y gastos de la construcción que me encomendaste. Ha quedado un sobrante, de lo que me autorizaste a gastar, que pasa de veinticinco mil dólares, que te los remito en un cheque a tu orden. Todo ello te lo entregará el capitán.

—Pedazo de bribón! Me quieres hacer cómplice de tus picardías a tus clientes. .. Rechazo indignado ese dinero, fruto del pecado y de tus turbios manejos. Quédate con él y para que no me corrompas al capitán Pirelli te lo quito desde este momento. Bueno, bromas aparte, te diré que necesito que el White Fish zarpe en la tarde de hoy con rumbo a Jacksonville, pues me urge encerrarme en mi retiro para, en la soledad del mar, tranquilo y sin otro género de preocupaciones, entregarme al desenvolvimiento de mi prodigioso invento. Yo te escribiré dándote cuenta de mis progresos y de mi vida robinsoniana, y te indicaré oportunamente cuando es que irá el yatch a Nueva York a recogerte para que vengas visitarme por una temporada. No trates de hacerlo antes porque te advierto que, entre los menesteres que llevaré a la isla, estará un cañon ametralladora para rechazar de mala manera a los importunos. Bueno viejo, hasta la vista y, mientras llega el momento de tu grata visita, te escribiré con la frecuencia posible, enviándote extractos de mi libro de bitácora... Pregúntale a Pirelli que es eso. Adiós, querido hermano, y muchas gracias por todo.... Llamame al capitán. ¡Chao!. . .

CONTINUARA...